Bogotá, 23 de mayo de 2026

Querida Abuela Leonor,

Hoy, más que nunca, tengo presentes tus amorosas enseñanzas. Siempre me sorprendió mucho que cuando llegabas a Mesitas del colegio, Guataquí, Pradilla o Girardot, te encontrabas con personas que te saludaban con mucho amor y gratitud. Recibías amorosamente los saludos y, luego, al seguir el camino con nosotros, solías preguntar ¿Quién era ese o esa? El paso de los años fue borrando tus memorias.

Mis tíos y mis padres, ~~generalmente,~~ recordaban a las personas. La mayoría de todas ellas habían sido tus estudiantes.

Recuerdo, también, las caminatas por estos pueblos. Siempre en dirección, a la que había sido tu lugar de trabajo, LA ESCUELA. Con tus historias de los caminos recorridos por niños y niñas para ir de sus casas al colegio; de las experiencias de tener que enseñar a niños y niñas de todas las edades; muchas veces, la única maestra. Cuanto reconocimiento, dignidad y respeto tuvo tu oficio.

Me encantaría que estuvieras viva para contarte que hoy soy maestra como tú. En palabras de Freire, pienso todo el tiempo en la práctica educativa, desde las memorias que te contienen: amorosa, pausada, estructurada, generosa, compasiva y feliz. Pienso en las responsabilidades que nos exige hoy ser maestras y me convenzo, cada vez más, del respeto y el trato digno que merece este oficio.

Sin lugar a dudas, si hubieras tenido que ser maestra en la escuela de hoy, atravesada por tantas violencias que la enferman, la deslegitiman, la menosprecian y la ponen tan en duda; hubieras luchado contra una estructura que tiene el centro muchos intereses, menos el principal: los niños, las niñas, sus familias y sus docentes. En ese camino, serias la antítesis de las profesoras por las que se pregunta Gabriela Mistral ¿Cuántas almas ha envenenado o ha dejado confusas o empequeñecidas para siempre una maestra durante su vida?

La escuela de hoy nos quiere hostiles, individualistas, productivas, mecánicas, insensibles; pero ante esta maquinaria, siempre atesoro tu imagen en mi mente, para hacer de la ternura, la compasión y el afecto mi bandera; convencida de la afirmación de Malala Yousafzai "Un niño, un maestro, un libro y un bolígrafo pueden cambiar el mundo".

Cómo tú, decido conectar y acompañar emocionalmente a mis estudiantes y sus familias, ser solidaria con mis compañeros docentes, resistir a los machismos, violencias y despotismos y cuidar de mí como principio fundamental. Convencida de que, se puede ser una buena docente y sobrevivir.

Seguiré resistiendo desde el amor de tus enseñanzas. Solo espero que, en mi vejez, muchos me recuerden con el amor con el que te recordaron siempre a ti.

Tu nieta, Diana.